



FIGURAS

Nació como Walter Matuschanskayasky y se considera el Cary Grant de Ucrania. Lo conocemos como Walter Matthau y le consideramos como a uno de los grandes de Hollywood. El 1 de octubre cumplió 70 años. El director Billy Wilder ha elegido un par de palabras para describir a su viejo compañero.

El tío es un genio

Billy Wilder

Walter tiene una única meta en la vida, ésta: atormentar a los directores. Se niega obcecadamente a decir los diálogos tal y como están en los guiones. En esto, conmigo se ha topado con la horma de su zapato. Mi mayor empeño es que se diga cada frase exactamente como la he escrito yo, salvo que a alguien se le ocurra algo mejor. Pero eso a Walter no le importa absolutamente nada, él defiende su oficio como un león: parte de la premisa de que todos los directores piensan que los actores son idiotas, por lo que él trata de demostrar que es un genio. En los rodajes hemos discutido siempre. Lo que pasa es que Walter es realmente un genio. Puede hacer cualquier papel. Si tuviera un aspecto algo más romántico, hubiera podido hacer los papeles de Cary Grant, hubiera podido hacer también los papeles de Charles Laughton, sencillamente todo.

Nos conocimos cuando en 1954 hice las tomas de textos para «El maldito séptimo año». Quería que hiciera el papel de protagonista acompañando a Marilyn Monroe. Pero Darryl Zanuck, el jefe de los estudios, no quería un desconocido,

por eso cogimos a Tom Ewell, que ya había hecho el papel, con gran éxito, en el teatro. Walter triunfó en Broadway, se hizo famoso con la obra de Neil Simon «Una pareja extraña». Diez años más tarde lo cogí para mi película «El afortunado», y le dieron inmediatamente el «Oscar».

Se presentó a los «Oscars» con un brazo en cabestrillo. En el trayecto para recoger el premio tuvo un accidente de bicicleta. Normalmente los premiados con el «Oscar» suben al escenario, miran emocionados la estatuilla y dan las gracias a sus padres, a su director, a Dios y al mundo, a todos. Walter no se las dio a nadie.

En 1974 rodamos «Primera página». Todos esperaban que Walter consiguiera su segundo «Oscar». Pero no ocurrió así. Cosa que a él no le importa en absoluto. Los «Oscars» son una buena disculpa para exigir honorarios más altos. Las estatuillas de oro quedan además muy monas en el salón, sobre todo cuando se tiene más de una. Pero nosotros no perseguimos ninguna medalla. Sabemos que, a más tardar, con sesenta, todo imbécil recibe medallas y hemorroides.

Walter y yo somos muy amigos. Nos vemos una o dos veces a la semana. Jack Lemmon nos acompaña



Walter Matthau, a la izquierda, y Jack Lemmon.

a menudo. Ellos dos son inseparables. Es imposible no hacerse amigo de Walter.

Cuando Walter viene a mi casa mira los cuadros colgados de mis paredes y pregunta ¿cuánto cuesta, por ejemplo, ese jamón de ahí? Le digo: es un Kerchner, cuesta hoy unos doscientos mil dólares. Entonces observo cómo los ojos de Walter centellean. Piensa: este tío imbécil cuega su dinero de la pared en vez de jugar-

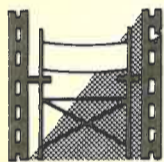
selo. Walter tiene dos grandes pasiones en la vida: apostar y Mozart. Oye todo el día sólo a Mozart, tiene incluso una camiseta con la inscripción: «Mostly Mozart». Beethoven le resulta como Heavy Metal. ¡Y sobre todo apostar! Walter es un jugador fanático. Apuesta por caballos, fútbol, béisbol, en caso necesario apostaría incluso a sillas de ruedas. Y apuesta sumas horrosas de dinero. Medio millón de dólares, qui-

zá sea un poco exagerado, pero sumas que hacen pupa. Y sobre todo lleva las pérdidas, que sufre la mayor parte de las veces, con increíble serenidad. Cuando uno se sienta junto a él en el hipódromo, no se sospecha en absoluto que se está junto a alguien que está a punto de perder una fortuna. Es encantador y entretenido como siempre. Para él lo único que cuenta es la emoción. Es absolutamente igual si, al final, se pierde. Al contrario: yo creo que Walter sufre más bien si gana. Porque entonces no puede levantar los ojos al cielo y decir: ¡qué me estás haciendo, Dios mío! ¿Dios mío? ¿Por qué has hecho que perdiera otra vez?

Hollywood ha cambiado mucho. No me puedo imaginar a Walter en «Stars Wars». Pero las películas buenas, las películas para adultos volverán a hacerse de nuevo cualquier día, y esas son películas que necesitan actores como Walter Matthau. Hay pocos, muy pocos actores que tengan su nivel.

¿Qué se le desea a un tío como él en su 70 cumpleaños? Creo que brindará con un ¡sé ahorrativo, Walter!, salvo que sea ya demasiado tarde.

Traducción de Luis Meana.



CINE

Aquí, un amigo

¿QUIEN DIANTRE ERES, BILLY WILDER?

Tom Wood.

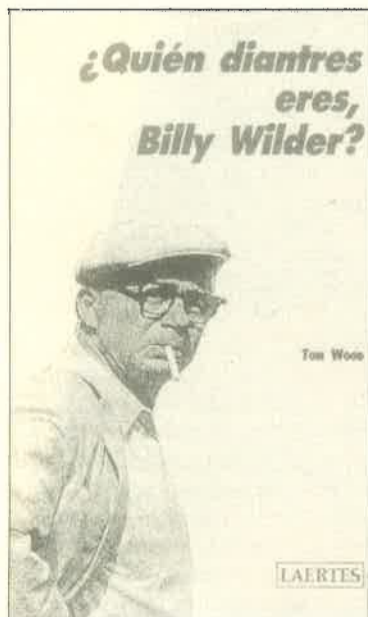
Traducción de Augusto Herranz. Ed. Laertes. Barcelona. 1990. 302 páginas.

Manuel G. Cuervo

Cuando se escribió este libro Billy Wilder no disfrutaba del respeto que ahora, que lleva diez años alejado del oficio, se le rinde en casi todas partes. Está escrito a continuación de *En bandeja de plata* (1966), mientras tramaba las palabras mayores de *La vida privada de Sherlock Holmes* (1969), cuando el habitual desprecio de los críticos se añadía la pérdida del respaldo del público, fiel hasta *El apartamento* (1960). La edición se actualiza con la inclusión de artículos de otros críticos sobre las importantes películas que dirigió después, y sobre todo del giro que imprimieron a su obra. Pero el añadido no compensa el silencio de Wood sobre unas películas que contradicen muchos de sus argumentos sobre el director.

La pregunta de quién diantres es no va dirigida al Wilder que luego se ha dado a conocer en todos sus registros, sino al que disfruta provocando a los sumos sacerdotes del arte de Holly-

wood, hartos ya de excomulgarlo por la desfachatez de sus comedias. El libro se abre con el aviso de que la especialidad de Wood es la anécdota, y no el análisis ni la biografía. Wood empieza confesándose buen amigo de Wilder y, desde esa traicionera complicidad, se entrega a la tarea de recopilar las más disparatadas ocurrencias dirigidas



por Wilder al enemigo, chistes en defensa propia desde unos planteamientos que, en otras circunstancias, ni Wilder ni sus amigos ni los lectores compartiríamos. Fuera de la pantalla nadie sigue estando a salvo de la «exageración fantástica» y la «agresión hiriente» que, según Wood, trabaja en sus mordaces réplicas. Las muestras de ingenio lo mismo salpican a Marilyn. «El cacto que florece de noche», porque los tenía hasta las tantas repitiendo la toma, que al neorealismo, que no tiene más misterio que el desenfocarlo todo, y que si a los americanos les parece más adulto es porque no entienden el diálogo. El Wilder que responde a la pregunta del título es el que representa el tónico papel de cinico que desde siempre le han repartido, el que asegura que «si hay algo que me desagrada más que no ser tomado en serio es que me tomen demasiado en serio». Como si *Perdición*, *Días sin huella* o *El crepúsculo de los dioses* no fuesen también suyas.

Puesto a ser el malo de la película de Hollywood no se casa ni con Bogart, que lo describió como «uno de esos alemanes prusianos con acento y fusta en la mano». Y por lo que respecta al record de haber ganado «oscar» en tres categorías diferentes, seis de veintuna nominaciones, como productor, guionista y director, puede asegurar

con fundamento que todo su trabajo consiste en «conseguir una historia, plasmarla en la pantalla y salir bien parado». Como dice Wood, «le gusta dar la sensación de que está completamente desprovisto de sentimientos», y su libro también trata de darla. ¿La realidad es tan miserable como aparece en sus películas? «En absoluto. ¿Es que no ha visto usted *Sonrisas y lágrimas*?» Etcétera.

Sus cargas de profundidad se dirigen contra los que él llama «críticos de pelos largos y alcances cortos», cuando una nueva generación de cineastas europeos está en trance de cuestionar el cine que él representa. Su malhumor hunde raíces en la Viena y el Berlín de los años veinte, pero su batalla la emprende como representante de un cine americano hecho, en realidad, por directores procedentes de Europa. Por todo el libro se pasea la sombra del Wilder errante, nunca del todo norteamericano, pero entregado a ventilar vicios ajenos de costa a costa. Hasta *La vida privada de Sherlock Holmes*, *Avanti* y *Fedora*, que dirigió en Europa después del libro y de la indiferencia despertada por *Bésame, tonto* y *En bandeja de plata*. Siendo las tres magníficas, ninguna suscribe sin embargo los cinco puntos dados por Wood como característicos de su cine. Acaso el vertiginoso enlace de situaciones, pero

menos diálogo picante, líneas argumentales no tan claras, nada de ciudadanas mezclas de compasión e irreverencia ni de falta de pretensiones.

Entre tanta anécdota, todavía es posible trazar el perfil de un Wilder sobre todo guionista, convertido en director como única forma de respetar el pie de la letra escrita en colaboración con Charles Brackett, primero, e I. A. L. Diamond, después. Si, en su opinión, la historia del cine se divide en dos periodos, antes y después de Lubitsch, su filmografía también se divide en las que escribió con uno y con otro. Con Brackett, que tenía fama de tranquilo y reservado, escribió una docena durante dieciséis años de colaboración al servicio de la Paramount, que los prestaba a otros estudios en pareja. En 1950 *El crepúsculo de los dioses* puso fin a la sociedad. Brackett murió en 1969, diez años después de su último guión, el de *Viaje al centro de la tierra*. Sin Wilder, su película más célebre fue *Niagara*. Pero la verdadera pregunta del millón no es la del título del libro, sino la de las misteriosas iniciales del guionista rumano I. A. L. Diamond, a qué diantres corresponden. Su nombre es Iték y le llaman Isadore. Las iniciales son las de la Interscholastic Algebra League, que ganó de pequeño, sin nada que ver con nombres, prenombrados, medionombres ni apellidos.